

De picante carmesí;
Y destilando rubí,
En bien curtido odrecillo,
Trajo vino Almoradí;
Cox le presenta nopal,
Y áloes de tierra esquivá;
El áureo jugo Rafal
De la lucífera oliva;
Y sus cáñamos Catral;
Y otros esquilmos habia,
Y ramos de nardo y rosa,
Y por más galantería,
Por donde quiera lucía
La granada misteriosa.
Callosa, en fin, con membrillo
En pasta copió la almena
De su moruno castillo,
Y con dátíl amarillo
Labró la roca y la arena.
Y en una palma curada
En los pensiles del moro,
Puso una letra labrada,
Que dice « Mayor tesoro,
Reina, te espera en Granada. »

ROMANCE V.

DON JUAN.

Cuán afable el rey Fernando,
La Reina cuán expresiva
Avaloran los quilates
De aquella ofrenda sencilla.
Ora llegan á los labios
Las frutas, ora examinan
Las agrícolas labores,
Que su rendir multiplican.
Ni de Isabel para en esto
El afan: luégo festiva
Al trigo llama *su aljófar*
Y á la granada *su envidia*.
Y solícita se informa
De los pueblos y familias;
Su jardín, llama á la huerta,
Y á las zagalas *sus hijas*.
Por eso las que á la entrada
Iban trémulas y tibias,
Arden de puro entusiasmo
Y de amor á la salida.
Y luégo hablando á los nobles,
Que en la cámara se apiñan,
Tiene Isabel para todos
Dulces palabras y dignas.

A Rocafull de Albaterra,
Y al señor de Jacarilla
Distingue, y al de Rafal,
Y al de Arneva y al de Alquibla.

Y como en una ventana
Tras las agolpadas filas
Viese al anciano don Juan
Casi oculto en la cortina;

—¿Cómo así el amo de casa?
Dijo Isabel. Y él replica:
—Porque yo soy el criado
Do quiera que el Rey habita.

—Siempre tuvo, dijo el Rey,
Don Juan las respuestas vivas:
Así le dejara agora
Su añeja melancolía.

—Me duele ver, dijo el noble,
Pasada mi edad florida
En inútiles querellas
Y en sangrientas banderías.

Cual los Ponces y Guzmanes
Afigieron á Sevilla,
Carvajal y Benavídes
Las extremeñas campiñas,
Los de Manuel y Fajardo
La noble ciudad vecina,
Otros bandos parecidos
Ensangrentaron la mia.

Lucha que postró mi casa
Como Aragon y Castilla,
Y nada que dar me deja

Para la santa conquista.

—Sí tal, repuso la Reina,
Con voz casi compasiva,
Dios, que los dones bendice,
Da qué dar como le pidan.

Tambien de viejos agravios
La tenaz memoria antigua
Es á Dios y es á los Reyes
Noble dádiva y opima.

—¿Y qué sirve á Vuestra Alteza,
Permitidme que lo diga,
Que perdone ó que se vengue
Un pobre hidalgo en su villa?—

El Rey, no bien conociendo
Al viejo Baile, imagina
Que aún resentido recuerda
Que él le quitó la bailía,

Y dice:—Don Juan, los Reyes
Á Dios mismo simbolizan:
Por él rugen los leones,
Por él las aves anidan.

Los nobles son en la hueste
Los ministros de sus iras,
Y han de ser en sus estados
Reflejo de su justicia.

El Rey es todo de todos,
Y así no es mucho que exija
Gratitud si recompensa,
Y humildad cuando castiga.

—Yo que don Juan, mi Fernando,
Humilde respondería:

(Dijo Isabel, que miraba
De entrambos arder la vista.)

Yo dijera que es más bien
Como el agua la hidalguía,
Que á la majestad del sol
Dócil se presta y benigna:

Su claridad y hermosura
Retrata, si es pura y limpia,
Y mortífera la tornan
Sus rayos, si es corrompida.

Á veces en vanas nieblas
Se levanta y se disipa,
Á veces en gratas nubes
Los sembrados fertiliza.

Su luz en lagos refleja,
Su ardor en fuentes mitiga,
Y sol y agua son del pobre
La Providencia divina.

—¡ Ah! Señora, sea en vos
Reverenciada y bendita,
Dijo don Juan, y una lágrima
Humedeció sus mejillas.

—¿ Qué os daré yo como prenda
Del amor que ya me anima,
Y hace hervir mi helada sangre
Como en juveniles días?

¡ Ay! Ya mis hombros se niegan
Á la militar loriga,
Y no me quedan caudales
Con que pagar quién os sirva.

—Dadme el amor de estos pueblos;

Que á vuestro ejemplo revivan
La fraternidad, la fuerza,
La fe, la constancia antigua.

Viéndoos perdonar agravios,
¿ Quién hay tan vil que no os siga?
Que no es grande el que más tiene,
Sino el que más edifica.

— Será así, dijo don Juan:
Desde hoy mi lealtad os brinda,
Si no el hierro de mi espada,
Los yerros ¡ ay! de mi vida;

Y mi fe al Rey y á la patria
Vincularé en mi familia.
Dijo, y besando la mano
Calló y dobló la rodilla.

ROMANCE VI.

DOÑA LEONOR SOLER.

Entre todas las bellezas
Que en las plazas y paseos
Tributan á sus monarcas
Curiosidad ó respeto ;

Y entre las damas ilustres
Que en los regios aposentos
De visitar á los Reyes
Gozaron el privilegio ;

Una las eclipsa á todas
Por la gracia y el talento,
Que cual en pomo dorado
Encierra en su débil cuerpo.

Ancha su frente, da plaza
Á elevados pensamientos,
Mesurado el continente,
Noble ademan y resuelto.

Perlas da el mar á su boca,
Si el coral las guarda dentro ;
Son de rosa sus mejillas
Y aún á menudo de fuego ;

De alabastro su garganta,
De oro agramado el cabello,
Garzos los ojos y puros
Semejan al mar y al cielo.

Pero lo que más sorprende,
Lo que en el estrado regio
Le merece los encomios
De aquel tropel palaciego,
Es la viva semejanza
Que tiene en su porte y gesto
Con la Reina, que al notarlo
Nubló el semblante risueño.

No es envidia, no, que nunca
La conoció, y un secreto
Gozo femeníl le dice
Que es de tal copia modelo.—

Goza en ella viendo al vivo
Su retrato sin el sello
Que ya en su frente sagrada
Imprime profano el tiempo.

Y al mirar tanto donaire,
Tan juvenil embeleso,
Recuerda triste los años
De Madrigal y de Arévalo.—

Y aún por eso no curiosa,
Mas solícita en extremo,
Se informa de sus costumbres,
De su estado y de sus deudos.

No pregunta su linaje,
Sabe que es noble, y á un necio,
Que prolijo se lo cuenta,
Dice:—Basta de abolengo.

Aquel juzgo por más noble
Que ménos presume serlo,
Y que imita y no relata

La virtud de sus abuelos.—

Leonor Soler es el nombre
De la dama; bien que el pueblo
La llama el *Sol de Orihuela*
Y de su *huerta lucero*.

Ha tiempo fué pretendida
De un jóven hidalgo y bueno,
Don Jaime, el que ya dijimos
Que es al presente su dueño.

Don Juan, que era á la sazón
Baile general y deudo
Del amante, hombre iracundo,
Bien que probo y justiciero,

Por no sé cuáles demandas
Que los Soleres pusieron
Al patrimonio del Rey,
Que él guarda, parte derecho,

Y viene á los cintarazos,
Dejados atrás los pleitos.

Turbáronse los amantes,
Las familias y los pueblos,

Y alzáronse banderías,
Y hubo carteles y duelos,
Refriegas y escaramuzas
Y rebatos y saqueos,

Y aún durára tal desórden
Si por auto de Toledo
El propio Rey don Fernando
No le pusiera remedio.—

El irascible don Juan
Fué por su Alteza depuesto,

Don Jaime partió á Sicilia,
Doña Leonor á un convento.

Hasta que dadas las treguas
Por soberano precepto,
Se realizó el matrimonio
Há tres años, poco ménos.

Es doña Leonor de entónces
Sol de amor para su dueño,
Íris de paz en su casa,
Ángel de Dios en el pueblo.

De las solteras dechado,
De las casadas espejo,
Ornato de los ilustres,
Tesoro de los pecheros;

Acoge á los desvalidos
Y conforta á los enfermos,
Y da más brillo á las fiestas
Y mayor culto á los templos.

Es, en fin, porque se diga
De una vez tanto portento,
En todas estas riberas
Lo que Isabel en sus reinos.

ROMANCE VII.

UNA CARTA.

A vos, la noble Señora
De Cornera y de Ceutí,
Doña Leonor de Soler,
Mi prima por lo Belvis;

La que, segun dicen todos,
Es reina y señora aquí,
Ya que no por su realeza,
Por sus virtudes sin fin;

Sabed que la de Castilla,
Que es mi señora otrosí,
Os manda sus encomiendas
Y ésta me ordena escribir.

Trabajo os da la de Moya
Con esta su letra ruin:
Si os da gozo, es de la Reina;
Si os da molestia, es de mí.

Su Alteza diz que prendada
De vuestro aire señoril,
Y sabiendo las virtudes
Que en vos adora el país,

Y admirada de la gracia
Con que, humano querubin,
Disteis paz al iracundo
Y consuelo al infeliz,

Quiere con vos de estas cosas
Y otras muchas departir,
Y una merced otorgaros,
Bien que vos no la pedis.

Por esta breve noticia
Y su mandato, venid
Mañana en siendo las doce
A su regio camarin.

Bien lo conoceis, señora,
El de raso quererí,
Donde bálsamos labrabais
Con las flores del jardin.

Si en esto rompo un secreto,
Perdonadme tal deslíz,
Que vos no perdeis en nada,
Y Dios gana. Con que así,

Él en su gracia mil años
Os guarde buena y feliz.....
Y á..... la Marquesa de Moya.
Firmado, treinta de Abril.

Y luégo añade en postdata,
En letra áun más baladí:
Así firmo miéntras firma
Su compañera, Beatriz.

ROMANCE VIII.

EL TOCADOR Y EL REGALO.

Junto á una mesa de jaspe,
Sentada en mullido escaño,
Entre pebetes y flores,
Ante un cristal veneciano;
Leonor, el Sol de Orihuela,
Está esparciendo sus rayos,
Y, aunque es bella y es bizarra,
Está confusa y temblando.

Un fino lienzo la cubre
Las espaldas de alabastro,
Y sobre él hasta la alfombra
Pende el cabello sin lazo.

Entorno de ella acontece
El más peregrino paso
Que viera Juan de la Encina
En su naciente teatro.

Su cabello mansamente
La de Moya está peinando,
Y la Reina le derrama
Perfume de fresco nardo.

Discreta así lo ha dispuesto,
Ó por pasatiempo grato,
Ó por útil enseñanza
A aquellos fieros hidalgos,

Ó por cimentar las paces
De los contrapuestos bandos
Con tal favor, ó por befa
De los linajudos vanos.

Y con sus dedos, que á torno
El marfil deslucen blanco,
Las rubias sedosas crenchas
Divide por ambos lados.

Y á doña Leonor pregunta:
—¿Tengo pesada la mano?
—No tal, aunque lleva el cetro—,
Dijo Leonor de contado.

—Beatriz, añadió la Reina,
¿No vendrían de milagro
Unas perlas de marquesa
Y sendas hojas de acanto

Sobre este oro?—Y Leonor dijo:
—Por mí prefiero los ramos
Que me regala mi Jaime
De la Alquibla y el Barranco.—

Y la de Moya:—Este pueblo
Para vuestro sol no es campo.
—Dios me da tanta cosecha,
Marquesa, que apénas basto.

—Discreta sois como hermosa,
Dijo la Reina.—El tocado.—
Y Beatriz de Bobadilla
En un baulillo lo trajo.

Entónces la misma Reina
Le acomodó con sus manos
Un gracioso tocadillo